



Hace cuatro años supe de Curzio de León (que no es su verdadero nombre), gracias a un amigo cartagenero que recibió de un tío, como herencia, una enorme biblioteca. Entre los magníficos libros había también cuadernos y libretas viejas, que no pertenecían al pariente, sino al mencionado Curzio de León. Mi amigo no tenía idea de quién era este sujeto, y tampoco se preocupó por indagar al respecto; lo suyo no son los libros, sino la música.

Por eso me llamó y me dijo: “Lucrecia, me acaban de dejar una casona en Manga llena de libros. No sé qué hacer con ellos, pero estoy seguro de que tú sí. Por favor, ven por ellos; te los regalo; pero ven, antes de que los queme en el patio. Quiero vender la casa cuanto antes”, dijo, así que viajé enseguida.

Son veinte cuadernos y diez y seis libretas llenas de textos extravagantes y dibujos que componen lo que yo llamaría el diario de toda su vida

(la de Curzio) en varias regiones del país, desde la península de la Guajira hasta Ipiales, y en otros lugares del mundo, como La Habana, Nueva York, Berlín, Buenos Aires y Lima. No sé muy bien en qué trabajaba el hombre, pero, por los nombres y siglas que encontré a lo largo de todos los textos, me atrevo a decir que era una especie de funcionario gubernamental que ejercía funciones diplomáticas. Sin embargo, el tema central de su extenso diario no tiene que ver

con la diplomacia, sino con la historia de las regiones y ciudades en que vivió. En un estilo bastante coloquial y desenfadado, pero muy ameno, de León relata hechos que, en todo caso, no aparecen registrados en los libros de historia que podemos encontrar en las librerías y bibliotecas. Se trata más bien de versiones libres de estos hechos, argumentadas -eso sí- tan detallada y lógicamente, que parecen basarse en realidades probables. Por ejemplo, dice que la

máquina de Macedonio Fernández en realidad existía¹, en el jardín trasero de una casona republicana en la que vivió tres meses, en Buenos Aires. Dice que no solo la escuchaba ya entrada la noche y parte de la madrugada, sino que alcanzó a verla, “una madrugada horripilante de reflujos y agujones tras haber comido demasiado bife”. Dice que paseaba por el jardín, buscando “los aromas

1 Máquina creada para decir verdades a partir de relatos que nadie se atreve a contar por miedo a instituciones, estados y sectas.



medicinales de las incontables plantas y flores que allí habitaban”, cuando, “tras los verdores” adivinó sus formas metálicas y herrumbrosas. Se escondió tras unas malezas, y la escuchó durante lo que le parecieron horas. Si su natural curiosidad no lo llevó a apreciar más de cerca la imposible máquina, fue por lo intrincado del espacio que de ella lo separaba –“me salí descalzo”, escribe Curzio-, y por lo perturbador del relato que esta arrojaba: “Al comienzo pensé que

se trataba de algo muy argentino, sobre mártires y dictadores; hasta que reconocí los hechos, los nombres, las coordenadas, mezcladas con diálogos de películas de detectives y rancheras. Pero, lo más curioso y espeluznante, no era el recuento de lo que ya se sabe, sino las causas del magnicidio”. La improbable invención del escritor argentino le estaba diciendo que, en resumen, al político bogotano Jorge Eliécer Gaitán lo había asesinado, sí Roa Sierra,

pero debido a los motivos menos elogiados por investigadores y demás fanáticos: “...que, en efecto, al atolondrado albañil le habían dictado su misión, no agentes de la CIA amangualados con Ospina Pérez, sino el mismísimo general Santander²: “...`ahora que somos uno, mi amigo de los palustres, debemos terminar lo que quedara trunco aquel 25 de septiembre del 26`. La máquina escupía, en-

trecortada y clorofílica, los siniestros planes del traidor encarnado, pasados por el básico entendimiento de Roa Sierra. Lo que en labios del prócer eran versos a la francesa, en boca del saltatapias se trasformaba en verborrea de chicha”. He aquí algunas de las palabras que, según de León, salían de la supuesta máquina, en voz del híbrido magnicida:

Su mercé, sin vida, pero en flor de vida, ¿qué manda?

2 Dicen algunos que el General Santander realizó, o mandó realizar, atentado a Simóm Bolívar, el 25 de septiembre, de 1826.

Te digo, glorioso irre-
dento, seguid la lucha.
Si tal mienta, mi doctor-
cito, al baile brinco.
Si patracea, patraceo; si
a filos del rayo, al convi-
te voy.
Gustoso de agasajarte,
en tremendo combate,
y en fuerza varón.
Que no resiento gran
dolor, por quedar muer-
to, pues muero doy.

bucle cuántico que urgía
trasquilar.

En resumen, lo que su-
gieren los apuntes, es que
la muerte del caudillo no
se debió a conspiraciones
políticas entre partidos
políticos, sino a esta cu-
riosa amalgama de prócer
frustrado y ciudadano
susceptible a la posesión
sobrenatural.

Vale agregar que, para el
Roa/Santander (dice de
León), el enaltecido del 48
no era otro que el Liberta-
dor encarnado, especie de

La reconstrucción video-
gráfica del relato de Cur-
zio de León sobre lo que
aquella noche escuchara
en el invernadero bonae-

rense, podrá apreciarse dentro de algunas semanas, durante intervención callejera del grupo LDAV.

